

RESEÑAS



Mestizaje y liberalismo: saldos de la batalla



JUAN ESPÍNDOLA MATA

José Antonio Aguilar Rivera, *El fin de la raza cósmica. Consideraciones sobre el esplendor y decadencia del liberalismo en México*, México, Océano, 2001, 216 p.

Para Rafael Rojas

El escritor inglés —y también católico— G.K. Chesterton decía que Estados Unidos era la única nación fundada sobre un Credo: el liberalismo en sus versiones del siglo XVIII y XIX. Recuerdo aquí las palabras del autor del padre Brown porque tengo la impresión de que en *El fin de la raza cósmica*, José Antonio Aguilar, un liberal auto-proclamado —un liberal racionalista o iusnaturalista, añadiría yo—, profesa ese Credo, el “credo de un eclesiástico liberal”,

si se me permite la expresión de Bertrand Russell, y lo defiende con vehemencia y casi con violencia. Por eso los ensayos recogidos en este libro son “textos de combate” (p. 31): porque su espíritu es beligerante y su objetivo deliberado es asumir al enemigo “antiliberal” (muy real casi siempre, otras pocas imaginario), enfrentarlo y derrocarlo. No para rescatar, que quede claro, un pasado idílico, un ayer cubierto de una preciosa herrumbre edificante, como lo hacen las tesis de la continuidad del liberalismo tanto en la vertiente “social” de Jesús Reyes Heróles como en la “decimonónica” de don Daniel Cosío Villegas,¹ sino para escuchar con esperanza y optimismo lo que

¹ José Antonio Aguilar ha tratado el tema del liberalismo en el siglo XIX mexicano en un par de textos recientes: *En pos de la quimera. Reflexiones sobre el experimento constitucional atlántico*, México, FCE, 2000 y *El Manto liberal. Los poderes de emergencia en México, 1821-1876*, México, Instituto de Investigaciones Jurídicas-UNAM, 2001.

tienen que decir liberales como John Locke, Alexis de Tocqueville e Isaiah Berlin, entre otros. Pero insisto: lo que importa es que el texto es polémico, comprometido, vehemente y optimista: inteligente. Ahí radica su virtud.

“El fin de la raza cósmica”, el ensayo que abre el libro y que le da nombre, consigna una de las realidades más palmarias de los albores del siglo XXI mexicano: el ocaso de la concepción de México como una nación uniformemente mestiza, el desvanecimiento del mito y de la épica del mestizaje. El mito desdeñoso de la tradición liberal permaneció incólume en nuestro imaginario colectivo durante buena parte del siglo pasado. Hoy, ya sin la utilidad unificadora de antaño, se convulsiona entre estertores inacabables. “Lo que se ha minado —nos cuenta Aguilar Rivera en su relato, divertido y de una prosa elegante— son las bases ideológicas y simbólicas sobre las que descansó el edificio del México posrevolucionario” (p. 28). Asistimos, dicho de otra manera, a la “extinción de un mundo simbólico”, a la “lenta erosión de las certezas que animaron la identidad nacional” (p. 23). Las circunstancias, entonces, ponen al México que franquea el umbral del nuevo siglo ante el reto de definir los nuevos contornos institucionales, filosóficos y simbólicos de la nación. Una “enruejada civilizacional” (p. 33), sin

duda, frente a la cual las contribuciones del multiculturalismo y del neoindigenismo² (nuevo y viejo) son insuficientes.

“La izquierda y los indígenas” y “Crítica de la persuasión multicultural”, los dos ensayos siguientes, fustigan las ideas —y las carencias— de aquellos dos *ismos*, al menos en sus ropajes de fines de siglo. Para empezar, sostiene Aguilar Rivera, la ¿izquierda? mexicana (y no el capitalismo, el “neoliberalismo” o la democracia burguesa) es presa de sus propias contradicciones, porque al hacer suya la agenda de las “reivindicaciones étnicas”, que son por definición *particulares*, traiciona su compromiso histórico con los ideales *universales* de justicia, libertad y fraternidad. ¿Cómo es posible que nuestros indigenistas suscriban esas “reivindicaciones étnicas” poniendo de cabeza el legado histórico de la izquierda? De la necesidad, virtud: a la luz del fracaso del socialismo “realmente existente” — “[l]a lucha de clases se ha metamorfoseado en lucha de etnias” (p. 40)—, ante el

² No resisto la tentación de transcribir la definición que Mauricio Tenorio, con la claridad de siempre, ha imaginado para describir al indigenista, ese “polizonte de la travesía histórica que fue la construcción de una identidad nacionalista, [y que] a veces va de sacerdote, otras de filántropo, otras de historiador, otras de guerrillero y otras muchas de antropólogo” (“El indigenista”, en Enrique Florescano (coord.), *Mitos mexicanos*, México, Aguilar, 1995, p. 257).

desvanecimiento del imaginario de una patria uniformemente y con una mala conciencia ladina que expiar —“El México de fin de siglo rezuma mala conciencia. La culpa anima un singular tipo de reparación simbólica” (p. 41)—, nuestros marxistas-leninistas-maoístas... militan hoy en la causa del indigenismo.

Uno de los (neo)indigenistas más conspicuos es, sin duda, Luis Villoro. A sus propuestas (o *contra sus falacias*, para apegar-se mejor al texto) van dirigidas algunas de las críticas más contundentes de este par de ensayos. Aguilar Rivera percibe con buen tino que en la propuesta de Villoro para “refundar México”, es decir, para reconocer y respetar las diferencias culturales de los pueblos y comunidades indígenas —la “persuasión multicultural”—, son ostensibles algunas de las “patologías recurrentes de los críticos culturales del liberalismo” (p. 56). Una primera patología es la reacción velada ante la escuela de los derechos naturales, es decir, la idea de que los indígenas en lo individual nunca entraron voluntariamente en un contrato social, sino que les fue impuesto por “letrados criollos y mestizos”. La verdadera nación, la profunda, está formada por pueblos indígenas y su cultura; la otra nación, la impuesta, es una impostura. Y porque no lo admitimos, porque no reconocemos su diferencia, la

mentira se instala en nuestra idea de nación. Las respuestas de Aguilar Rivera a las efusiones sentimentales del multiculturalismo son sencillas, aunque no por ello menos firmes: el contrato social, que *nadie* ha firmado, proporciona a todos los miembros de una comunidad política, incluidos los “verdaderos mexicanos”, una panoplia para reclamar derechos y denunciar injusticias. Denostar al Estado “homogéneo”, el que supone la igualdad jurídica, implica echar por la borda ese legado de derechos. ¿Dónde radica el progresismo de la “propuesta”? ¿Dónde su utilidad para los indígenas? Las alabanzas exageradas de lo que es único y distinto, el resurgimiento, de entre las cenizas del mito del mestizo, de “la nueva deidad de la Diferencia” (p. 58) y las dudosas nociones de localismo y nativismo pretenden trasladar la desigualdad étnica al plano político. Flaco favor hacemos a los pueblos indios.

Pero hay una patología más ingenua, conmovedora hasta cierto punto, y que no podía faltar en el análisis de Villoro: la entronización de un modelo idealizado y ahistórico de las comunidades indígenas, ese edén bucólico —la Arcadia prehispánica— donde sobreviven las “virtudes comunitarias ajenas al individualismo posesivo de la sociedad occidental moderna [...]: el don de sí, la fraternidad, el trabajo solidario, el desprendimiento personal” (pp. 46-47). El dis-

curso de Villoro, dice Aguilar Rivera, es maniqueo y está empapado de una sensibilidad romántica y conservadora. Si la solidaridad comunitaria es buena *per se*, ¿cómo explicar la crueldad engendrada por las solidaridades grupales o raciales? El individualismo, por otra parte, no es necesariamente una amenaza a la cohesión social, o por lo menos no lo es más que las pasiones colectivas. Un kantiano como Aguilar Rivera no podía sino suscribir la idea del “imperativo categórico”, con lo cual reconoce automáticamente la precedencia ontológica del individuo sobre el grupo: las colectividades no tienen propósitos sociales diferentes a los de sus integrantes.³ (Dicho sea entre paréntesis, con todo y su alto contenido “nacionalista”, la “persuasión multicultural” es una “idea exótica”, como lo es el liberalismo para los multiculturalistas. El exotismo que puede rastrearse —y así lo hace Aguilar Rivera— hasta las tesis del que es quizás el multiculturalista por antonomasia: Will Kymlicka, cuyas afinidades con Villoro son claras.)

Para lidiar con los retos que impone la pluralidad cultural, arguye Aguilar Rivera, no hace falta alterar los supuestos del credo liberal; de hecho, como se explica en “La casa de muchas puertas: diversidad y tole-

rancia”, uno de los componentes de la tradición liberal clásica puede resolver las contradicciones que le son inherentes: la tolerancia. La tolerancia, según John Locke y sus cartas desde el exilio, desde luego —no la que defendía John Stuart Mill, como preferiría el multiculturalismo—, por su aprecio al pluralismo y a la diversidad.

En fin, para Aguilar Rivera la refundación de México debe correr en el sentido contrario de las propuestas de Villoro y otros multiculturalistas eminentes, es decir, contra lo que está enunciado en leyes como la de la COCOPA. Lo de menos es reconocer los usos y costumbres de los indígenas, que por otra parte, si no son arcaicos y primitivos, al menos no le han generado ningún beneficio a las comunidades donde *de facto* ya imperaban; la solución tampoco consiste en aislar al México “profundo” del epidérmico, del no-México, o de descubrir en cada mexicano al yo indio para que, a partir de un sentido místico de comunión, se resuelvan los problemas ancestrales de nuestros pobladores “originales”. Los cimientos de la nación, a la luz de la extinción del imaginario de la nación uniformemente mestiza, deben descansar sobre la base de una nación que no exija pureza étnica o religiosa y donde los ciudadanos tengan derechos y obligaciones comunes. De lo que se trata, pues, es de “desetnificar el

³ José Antonio Aguilar seguramente se estremería al recordar el *dictum orwelliano*: “where individual feels, community reels”.

bien común". Dicho de otra manera, la solución al problema de los indígenas en México pasa menos por el reconocimiento de unos retóricamente ostentosos y simbólicos "derechos culturales" —bastante ambiguos, por otra parte— que por la revisión, inevitablemente de detalle, de las instituciones de representación, descentralización y administración de justicia. Es el argumento del cuarto ensayo: "Repensar la cuestión indígena".

La segunda parte de *El fin de la raza cósmica*, que abre con el ensayo "Tocqueville y México", se aleja un tanto del indigenismo y vuelca su atención sobre algunos temas de historia intelectual. De Alexis de Tocqueville, Aguilar Rivera reivindica su "esperanza informada y cautelosa" (p. 144), su capacidad para escapar a las fatalidades y los determinismos y para entender con lucidez los mecanismos causales a través de los cuales se producían determinados fenómenos sociales. "Tocqueville fue, después de todo, el pensador político 'más seguro, riguroso y responsable' del siglo XIX. Es una lástima que no viniera a México" (p. 145). En "Odiseo en la red", la reivindicación de José Vasconcelos, con todo y sus buenas dosis de utopismo y antiliberalismo, es del mismo tenor: "Vasconcelos no ha sido rebasado del todo por la historia. Tal vez porque encarna, a un tiempo, la Tradición y su repudio, la esperanza y la desilusión. Colocados en la intersección de dos

eras, el *Ulises criollo* nos guiña el ojo desde las entrañas profundas del siglo XX; su sombra se cierne sobre el que nace" (p. 156). La utopía de la Raza Cósmica es —y seguirá siendo— irrealizable; y sin embargo Vasconcelos, en la lectura de Aguilar Rivera, no se equivocó por entero: el progreso científico y técnico, en efecto, ha borrado las divisiones humanas.

En "Liberalismo cuesta arriba, 1920-1950", Aguilar Rivera indaga la suerte de su credo liberal durante la primera mitad del siglo XX mexicano. Su conclusión es que ni la fracasada campaña presidencial de José Vasconcelos en 1929 ni la fundación del Partido Acción Nacional (PAN), diez años después, representan "episodios liberales". Los vestigios auténticos del liberalismo pueden encontrarse, dice, en Luis Cabrera y, sobre todo, como el título del ensayo ingeniosamente lo sugiere, en Jorge Cuesta: "Sus alegatos liberales eran el canto del poeta en su soledad, un acto de rebeldía e insensatez. El liberalismo no podía ser en ese momento otra cosa que locura" (p. 159).⁴ El libro cierra recuperando las reflexiones

⁴ Aunque no me quedan demasiadas líneas por delante, quiero dejar anotada una discrepancia respecto a la exclusión de Acción Nacional del "paraíso liberal", tal y como la plantea Aguilar Rivera. Creo que Carlos Arriola tiene razón y que había en el PAN algo de ese liberalismo de Cuesta: "Los fundadores del PAN, defensores de los va-